

Sobre el panículo adiposo

Juan José Millás

Madrid (España)

Cada vez que oigo hablar de la liposucción, me acuerdo del panículo adiposo. Según mi libro de ciencias naturales escolar, se trataba de un delantal de grasa que cubría el vientre de los mamíferos, incluidos el profesor de geografía y la señorita de francés. La imagen del delantal no me ha abandonado desde entonces, así que cuando me hablan de alguien que se ha sometido a una liposucción, imagino a un médico muy cruel, sexualmente enfermo, arrebatándole el delantal con violencia a su paciente. Las imágenes originadas en la infancia tienen una fuerza tremenda. Nos las llevamos a la tumba. Por eso, no he podido olvidar tampoco la tenia o solitaria, que aunque era un bicho repugnante, con la cabeza llena de garfios, igual que un marciano, a mí me daba mucha lástima. Me identificaba con ella, no por lo que tenía de tenia, sino por lo que tenía de solitaria. Pobrecilla.

Personalmente, no me he desprendido nunca del panículo adiposo. Una vecina mía se lo quitó y se le puso la tenia triste, como si estuviera solitaria. Ahora bien, si me obligaran a desprenderme de una de las dos cosas, elegiría la tenia, que finalmente, por mucha pena que nos dé, es una invasora. Pero sin violencia, por favor. Seguramente hay muchos modos de sacar las cosas del cuerpo. Lo que no soporto es esa imagen que proporciona el término

liposucción. La misma palabra me pone los pelos de punta. Imagino un aspirador brutal arrancando la grasa con la crueldad con que los niños sorben a través de la pajita los restos del batido que han quedado en el fondo de los vasos.

Además, que en una maniobra de liposucción, si no la controlas bien, lo mismo se te va también la solitaria. Quizá se pueda vivir sin solitaria, o sin delantal, alternativamente, pero sin las dos cosas a la vez la existencia no tiene sentido.

Mucha gente dirá que hablo de este modo de mi tenia porque se trata de una tenia imaginaria. Pues como todo en la vida, hombre de Dios. ¿O es que es más real el hígado que la solitaria? ¿Acaso tiene algo que ver el colon imaginario que usted tiene en la cabeza con el colon real que alberga en el paquete intestinal? ¿No? Pues no hable. Las cosas sólo se hacen reales cuando nos las liposucionan. Por eso hay que pensárselo muy bien antes de dejarse absorber. Una cosa es tener relaciones con un delantal de mantequilla imaginario, que nos cubre el vientre, y otra ver el trozo de panceta junto a la mesa del quirófano. Una cosa es pensar en la solitaria que te habita y otra encontrarla entre las sábanas cuando abres la cama para ir a dormir.

O sea, que si usted quiere adelgazar, haga un poco de ejercicio y verá cómo el panículo adiposo pierde materia grasa en seguida, convirtiéndose en un delantal finísimo, lleno de encajes y puntillas eróticas. Cuando el delantal es tan delgado como un paño de seda, sale la tenia del intestino, se lo pone, y está guapísima con él. ■

Artículo publicado en *Jano*, 1999; 56: 1.855.

Reproducido con autorización de la revista